



www.loqueleo.com

© 2008, Santiago Páez

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-370-4

Derechos de autor: 029059

Depósito legal: 004035

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2008

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Mayo 2016

Décima tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustración de la portada: Roger Ycaza

Estudio de la obra: Juan Pablo Castro Rodas

Actividades: Cecilia Velasco

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El secreto de los yumbos

Santiago Páez



loqueleto



*Para Segundo Moreno,
quien sabe tantas historias
que haría falta una docena de novelistas
para contarlas todas.*

Y a la querida memoria de Genny Iglesias.



*Si no somos dueños de la frescura del aire
ni del fulgor de las aguas,
¿cómo podrán ustedes comprarlas?
Cada pedazo de esta tierra es sagrado para mi pueblo.
Cada brillante aguja de pino, cada ribera arenosa,
cada niebla en las maderas oscuras,
cada cerro y hasta el zumbido de cada insecto
es sagrado para el pasado y la memoria de mi pueblo.
La savia que circula por las venas de los árboles
lleva consigo la memoria de los indios americanos.*

Carta del gran jefe Seattle al presidente
de Estados Unidos de Norteamérica, 1854

Índice



PRIMERA PARTE

La bomba	15
Milo huye	27
En Santa Brígida	39

SEGUNDA PARTE

La gruta de los yumbos	55
La sombra siniestra	67
El trapiche clandestino	79
El curandero	91
El engaño	101

TERCERA PARTE

El secreto de los yumbos	115
La chiri caspi	127
Epílogo	137

Para saber más	141
Estudio de la obra	143
Cuaderno de análisis	147



Todo se trastorna, otra vez,
en la vida de Milo

La bomba



Como todas las tardes de los miércoles, Milo Astorga había ido, con algunos amigos, al centro comercial para divertirse en las máquinas electrónicas. En el salón de juegos, el muchacho se entretuvo entre pantallas de video, consolas que simulaban aviones de guerra y minipistas de baile en las que los chicos saltaban rodeados por luces de colores y al ritmo de una música ensordecedora. Milo prefería el silencio, pero también le gustaba estar con sus compañeros del colegio, y ellos solo se divertían así.

Luego, en una fuente de soda cercana, decorada como una estación espacial, todos habían comido hamburguesas y bebido refrescos, mientras miraban a las chicas que frecuentaban el lugar y bromeaban sobre ellas. Milo era tímido y, aunque algunas muchachas le gustaban, se sentía demasiado alto, desgarrado y triste como para acercárseles y hablarles.

Tras una última ronda de chistes sobre las muchachas, Milo se había despedido de sus compañeros para ir a su clase de aikido. Tenía que hacer ejercicio, insistía su padre, pues a sus dieciséis años estaba en pleno proceso de crecimiento: sus miembros se habían estirado y debía desarrollar unos músculos que se pudieran mover con rapidez y eficacia.

La clase fue intensa y agradable, a Milo le gustaba el *dojo*¹, con su piso de cañamo y sus paredes de bambú decoradas con las extrañas armas orientales que, poco a poco, aprendía a manejar. El *sensei*² Isao, un japonés diminuto que se movía como una víbora incontenible cuando atacaba, le había hecho rodar por el tatami del suelo del *dojo* más de una docena de veces.

—Gira como una espiral —le recordaba siempre el *sensei*—. Nadie puede golpearte si no ofreces una superficie que resista el golpe.

Luego de cada ataque del maestro Isao, Milo había conseguido recuperarse de inmediato y regresar al combate; con cada encuentro, el chico adquiría más confianza, su cuerpo le parecía más sólido y sus movimientos menos torpes. La sesión de aikido terminó sin contratiempos, Milo se despidió de su maestro con una reverencia ceremoniosa, dejó el *dojo* y, cansado, tomó un taxi para regresar a su hogar. Parecía el fin de una tarde normal; al día siguiente, jueves, tenía clases de matemáticas y geografía.

Pero no fue así, esa no fue una tarde común.

Las cosas empezaron a trastornarse, por segunda vez en la vida de Milo, cuando, desde la ventana del taxi, miró la fachada de su casa. Algo había destrozado todos los vidrios y parte de los muros del jardín, una mancha gris ensuciaba la pared que se mantenía en pie. Había dos o tres patrullas estacionadas sobre las aceras. Entre los escombros, su padre, el doctor Marco Astorga, pálido y desconcertado, ha-

¹ Lugar de entrenamiento en artes marciales.

² En japonés, maestro.

blaba con un oficial de aspecto amenazador. Otros policías, con las pistolas desenfundadas, se desplegaban por la calle alejando a los curiosos.

—Puede haber más explosiones —gritaban los oficiales—, ¡retírense!, ¡retírense!

El taxi estacionó unos metros más allá. Milo, aturdido, pagó al chofer, bajó del automóvil y se disponía a correr hacia su padre cuando una mano le agarró del brazo. Era doña Margarita, una anciana frágil, muy blanca y de cabellos grises, quien lo detenía con firmeza, impidiéndole ir hacia su casa.

—¡Quieto!, hijito, no vayas allá. Tu papá me pidió que te llevase conmigo hasta que todo se calmara.

—¡Pero mi padre está...! —protestó el muchacho.

—¡Pero nada! No puedes ayudarlo ahora. Ven, ven —insistió la viejecita mientras, con un vigor mayor al que el chico habría supuesto, lo arrastraba hacia una pequeña casa de piedra situada a media cuadra del lugar de la explosión.

En el jardín, tras unos muros cubiertos de madre selvas y al abrigo de las copas de varios limoneros cuyas flores perfumaban el ambiente, doña Margarita explicó, espiando la calle a través de la reja de la puerta que protegía su vivienda.

—Cuando explotó la bomba, tu padre salió corriendo y vino hacia aquí. Ya no había nadie en la calle, parece que fue algo que tiraron desde un auto en marcha, una camioneta negra, dijo tu papá. Cuando le abrí la puerta me pidió que te tuviera aquí hasta que la situación se calmara. Estaba muy asustado el pobre, temía que te pasara algo... desde lo de tu mamá, eres todo para él.

—¿Pero, quién...? ¿Cómo? —tartamudeó Milo, aún desconcertado.

—No sé nada, hijito. Tu papá escribió algo en un papel para que lo leyeras y se fue a llamar a la Policía. Desde ese momento te estoy esperando.

—¿Y dónde está ese papel?

—Adentro, en mi sala —explicó la viejecita, quien, tras alejarse de la reja se encaminó, con paso menudo y rápido, hacia el interior de su casa. Milo, confundido, fue tras ella.

Se había hecho de noche cuando entraron a la sala de doña Margarita. El chico, que en un largo tiempo no había visitado la casa de la anciana, reconoció poco a poco los cuartos, los muebles tallados y las paredes llenas de fotografías viejas en las que una docena de personas, vestidas con ropas anticuadas, posaba junto a autos antiguos, iglesias de piedra, caballos o ferrocarriles. Destacaba un hombre de grandes bigotes, que aparecía con una escopeta, vestido de cazador.

—Mi familia —explicó la viejecita—. ¿Te acuerdas? Todos se han muerto ya.

El muchacho sabía lo que era perder a alguien querido. Su madre, seis años atrás, había fallecido en un accidente y, desde entonces, la vida de Milo se había transformado por completo. El doctor Astorga, su padre, había dejado su trabajo para tomar otro en el que ganaba mucho más, pero que lo tenía ocupado todo el día, lejos de su hijo. Milo se había acostumbrado a la soledad desde entonces, unas empleadas domésticas indiferentes lo atendían y él dedicaba su tiempo a estudiar, practicar aikido y salir, de vez en cuando, con sus amigos. No era una vida muy interesante ni muy alegre.

La señora Margarita le indicó un sillón, en el que el muchacho se sentó, y luego, siempre caminando con su pasito


apresurado y menudo, fue hasta una de las esquinas del aposento, allí abrió un pequeño armario de madera tallada, extrajo de él un papel y regresó junto a Milo para entregárselo:

—Es la carta que te dejó tu papá. Léela.

Milo la tomó y reconoció la letra nerviosa y picuda de su padre. Había escrito el mensaje al apuro por lo que era muy difícil de leer, pero Milo pudo descifrarlo luego de un momento. La nota decía:

Hijo:

Perdona que te haya colocado en esta situación tan incómoda. Tienes que estar con miedo y lo comprendo, pero, por asustado que estés, debes también hacerme caso y seguir las instrucciones que te daré. Todo saldrá bien y pronto volveremos a estar juntos.

La bomba que echaron en nuestra casa no pretendía matarnos. Solo querían que yo me asustara. Te explico. Como sabes, trabajo desde hace algunos años para la compañía Sacromonte Food & Beverages y, en mis investigaciones, he descubierto una planta (la  caspi) que podrá ser utilizada para elaborar una bebida que será un éxito comercial. Hay otras compañías de alimentos y bebidas que están muy interesadas en el descubrimiento. Sus funcionarios no tienen escrúpulos. Me han amenazado y tratan de que les informe qué planta es.

De momento, iré con la Policía para que los oficiales hagan sus averiguaciones, pero no les diré lo que está pasando. No confío en ellos. Tú debes quedarte en la casa de doña Margarita. Ella te cuidará por unos días. Apenas haya entregado un ejemplar a mi empresa, no podrán ya hacer nada y nos dejarán tranquilos. Por eso me iré, cuando los policías me dejen, a Santa Brígida, la aldeita donde trabajamos con tu madre hace años. Allí descubrí esa planta tan importante. Quedas a salvo. Mantente así hasta que yo te pueda ver de nuevo. Tu padre que te quiere mucho.

Marco

Apenas acabó de leer, Milo saltó del sillón y, sin hacer caso a doña Margarita que le rogaba que se tranquilizara, salió al jardín, corrió hasta la puerta y miró su domicilio a través de la reja. Las patrullas se habían ido, igual que los curiosos, solo un policía vigilaba frente a su casa, todo parecía tranquilo. Milo se habría calmado de no haber sido porque, cerca de la esquina y bajo un gran árbol de ramas oscuras, montaba guardia también una camioneta de doble cabina, negra y con los vidrios ahumados. Un auto que, indudablemente, no pertenecía a la Policía. Milo, asustado, se echó hacia un lado, temiendo que lo vieran desde atrás de esos vidrios opacos, y regresó, al amparo de las sombras del jardín, hasta la casa de la anciana.

El muchacho se había retirado a tiempo, pues uno de los dos hombres que ocupaban la cabina de la camioneta y que revisaba toda la cuadra con unos binoculares, estuvo a punto de descubrirlo. Se trataba de un individuo muy fornido, con aspecto de militar, que vestía una especie de uniforme y se cubría la cabeza con una boina roja. Junto a él y tras el volante del vehículo, se hallaba un hombrecillo calvo y de lentes, vestido con un terno muy elegante, quien dijo, tras soltar una risa seca:

—No se enfurezca, Lucio, parece un gorila frenético.

—Debimos secuestrarlo antes, doctor Larreátegui. Su idea de la dinamita solo ha puesto en alerta a la Policía. ¡Maldito chico!

—Camilo, se llama Camilo y le dicen Milo —explicó Larreátegui, entre risas.

—Se llame como se llame, lo necesitamos.

—El chico regresará. Tenemos los teléfonos de Astorga intervenidos: no ha podido advertirle nada.

—Y apenas tengamos al maldito muchacho ese —gruñó el llamado Lucio—, le juro que le sacamos la información al doctor Astorga. Conmigo no juega nadie, ni usted doctor Larreátegui, ni usted.

—No olvide quién manda aquí —susurró Larreátegui, que había dejado de reír y se veía tan amenazador como su fornido acompañante—, ¡no se olvide de eso!

Y la discusión continuó, áspera, entre los dos hombres que vigilaban el domicilio de Milo y de su padre.

En el interior de la casa, doña Margarita había preparado la merienda y, sentados en una mesa enorme de caoba, Milo y ella comían pequeños sánduches de jamón,

pastelitos de mermelada y crema y bebían un té muy oscuro. Sobre el mantel, la viejecita había colocado una docena de pequeños platos de porcelana roja y dorada, colmados de alimentos, una tetera del mismo color humeaba entre ellos, junto a una jarra llena de jugo. El chico, ausente por la preocupación que lo abrumaba, comía sin notar los sabores ni las cantidades de lo que se llevaba a la boca, mientras la anciana desmenuzaba el pan o los pasteles antes de comerlos, como un pequeño pájaro.

22 Un televisor sujeto a la pared del comedor estaba encendido y tanto el muchacho como la anciana miraban las noticias, sin prestar demasiada atención. El locutor, un hombre regordete y solemne que narraba las informaciones con voz nasal, hablaba y hablaba; en la pantalla se sucedían escenas de guerra, sequía o crimen. Milo iba a pedir a doña Margarita que apagara el televisor, cuando, ante sus ojos incrédulos, apareció el rostro de su padre que, en la TV, caminaba entre dos oficiales de Policía, con la cabeza baja y, para horror del chico, con las manos esposadas a la espalda, como un delincuente.

—¡Qué pasó, qué pasa! —gritó Milo siguiendo las imágenes de la pantalla y llevándose las manos a la cabeza.

—¡Silencio, hijito! —ordenó la anciana—. Oigamos, oigamos.

Y el locutor, con su voz nasal y rimbombante, explicó las imágenes que tanto angustiaron a Milo Astorga.

—En la ciudad de Quito —dijo—, en las últimas horas de la tarde, fue detenido el doctor Marco Astorga, luego de que, en un ajuste de cuentas, su casa fuera atacada con una bomba que se presume tenía un bajo poder destructivo.

Las imágenes cambiaron en la pequeña pantalla, el padre de Milo ya no caminaba, estaba sentado tras un escritorio y, frente a él, un funcionario de uniforme escribía en una computadora. El doctor Astorga, desencajado, parecía contestar unas preguntas que el interrogador transcribía, pero no se escuchaban sus palabras a través del parlante de la TV, del que brotaba solamente la voz nasal del locutor que continuaba:

—Se sospecha que Astorga, quien trabaja para una importante transnacional de la alimentación, está implicado en una lucha entre carteles de narcotraficantes y que ha aprovechado sus frecuentes viajes al extranjero para perpetrar el tráfico ilícito de alcaloides que provienen de cultivos clandestinos hechos en las zonas subtropicales de nuestro país, lugares que el implicado conoce bien por su trabajo como investigador en botánica. Y ahora, cambiando de tema, le preguntamos, señor televidente: ¿Ha padecido en el último tiempo de dolor de espalda?

La pantalla se llenó con imágenes de hombres gordos que se masajearan las espaldas unos a otros, pero Milo ya no los observó; se había levantado y, a punto de llorar, caminaba por el comedor, como un loco, mientras repetía:

—¡Mi papá no es un delincuente! ¡Mi papá no es un delincuente!

La anciana se levantó, fue, con sus pasitos rápidos, hacia el chico y, tomándolo del brazo, lo obligó a sentarse de nuevo a la mesa:

—Tranquilo, hijo, tranquilo.

—¡Pero cómo voy a estar tranquilo si dicen que mi padre es...!

—Mienten, Milo —lo interrumpió la anciana—. Yo leí la carta que te dejó tu padre, perdona pero tenía que saber qué sucedía.

—¡Pero y eso...!

—Tu padre es honesto, yo conozco a tu familia. Yo sé que lo que dicen es mentira, pero también, hijito, está claro que tu papá tiene enemigos poderosos que lo inculpan falsamente.

—¿Qué puedo hacer? ¡Mi papá está en la cárcel!

24 —De momento nada, esta noche nada —suspiró la anciana—. Mañana ya se habrán aclarado las cosas, cuando los jefes de la empresa de tu padre vayan a sacarlo.

—Pero ellos, ¿irán?

—No porque tu padre les interese, hijito —aseguró doña Margarita con una sonrisa triste—, sino porque también quieren esa planta que él menciona en la carta. De momento, vamos a la habitación de huéspedes, allí dormirás.

Y sin recuperarse de su desconcierto, Milo Astorga se dejó conducir por la anciana hacia el segundo piso de la vivienda.

Un par de horas después, en la camioneta negra zumbó un teléfono celular. Larreátegui adormilado contestó:

—Diga, jefe.

Una voz ladró órdenes en el pequeño aparato telefónico.

—¿Qué... qué sucede? —preguntó Lucio, medio dormido, frotándose con rudeza la cara para despertarse del todo.

—Es el ingeniero. Los que están monitoreando la frecuencia del celular de Astorga dicen que acaba de hacer una llamada, y dieron con la dirección a la que telefoneó: es una casa de esta calle, tengo el número —le contestó Larreátegui—. Es el 12-28.

—Rápido —exigió Lucio—, encienda la camioneta y recorramos la cuadra para buscar la casa.

Y el vehículo saltó iluminando con sus poderosos faros las casas de un lado de la calzada; luego, cuando llegó a la esquina, giró patinando sobre el asfalto, y recorrió el camino inverso al que había hecho antes.

—Es allí —gritó Lucio, cuando leyó sobre una de las puertas el número buscado—, en esa casa de piedra.

Y la camioneta, como una bestia de metal, trepó sobre la vereda para quedar con el guardachoques pegado a la entrada de la casa de doña Margarita.

Entre tanto, en el interior de la vivienda, la anciana —que había contestado la llamada del doctor Astorga, y luego de hablar un instante con él, se dirigía con el auricular inalámbrico hacia el cuarto que ocupaba Milo— miró por la ventana cómo dos sombras saltaban la verja de su propiedad; los intrusos le parecieron grandes masas de hierro oscuro.

Doña Margarita soltó el auricular, que cayó al piso con gran alboroto, y corrió todo lo que le permitían sus viejas piernas hasta llegar al cuarto de su joven huésped, al que despertó con un susurro urgente.

—Hijito. Llamó tu papá, pero no puedes quedarte para hablar con él. ¡Estás en peligro!

Milo, que se había dormido vestido sobre las cobijas, abrió los ojos mientras sentía que su corazón le retumbaba entre las costillas, como cuando vio su casa destrozada por la bomba. Se puso de pie de inmediato, al tiempo que la viejecita le explicaba:

—Son dos hombres, grandes, que han saltado la pared del jardín. No creo que puedan abrir con facilidad la puerta de la casa: es de hierro, pero a la larga la romperán.